



Un viaje decisivo

Por Cristina Sanz Serrano
Colegio Claret
Aranda de Duero

UN VIAJE DECISIVO

Plasencia, 28 de abril de 1542

Me presento como Álvaro de Torrecaraz, natural de Plasencia y de oficio marinero desde los 16 años, edad a la cual me quedé huérfano y mi tío, sospecho que para librarse de mí, me entregó al funcionario real que un día de verano apareció por el pueblo reclutando marinería. La comitiva, en nombre de la reina Isabel, iba de pueblo en pueblo buscando voluntarios para una expedición que cierto Almirante genovés estaba proyectando realizar a las Indias por Occidente. Yo fui un voluntario forzoso: a cambio de 16 doblones de plata mi tío me entregó al funcionario, y el muy hipócrita se despidió de mí estrujándome en un abrazo, llorando estrepitosamente, y gritando a todos lo buen muchacho que era, lo que me echaría de menos, y que ya estaba esperando mi regreso. Ambos sabíamos que ya nunca más nos volveríamos a ver.

Pero el destino me fue favorable, y esto ha hecho que perdonara a mi tío, allá donde esté. Un destino que me llevó a ser testigo directo del más grande descubrimiento que cambió radicalmente el devenir de la civilización. Efectivamente, me refiero al descubrimiento de América, y desde mi humilde puesto de marinero raso, a bordo de la *Santa María*, he de enorgullecerme de ser uno de los primeros europeos que pusieron pie en el recién hallado continente.

En estas memorias, escritas ya desde mi vejez y que ahora tenéis en vuestras manos, quiero dejar constancia de los asombrosos hechos, hasta ahora no relatados, que vivimos en la larga travesía camino de las Indias, hechos que a alguno asombrará como prodigiosos y sobrenaturales y, los más, los calificará de mentiras delirantes.

No me resulta extraño que optéis por este último calificativo, pues en verdad parecen disparates de una mente enferma. Todos saben que la desesperación del viaje trastornó a muchos marineros, que acabaron por perder completamente el juicio y a los que hubo que encerrar en manicomios a su regreso a España. Bien podéis pensar que yo fui uno de ellos, pero os aseguro que mi cabeza siempre ha estado en su sitio y que todo lo que voy a contar es verdad.

¿Qué por qué no lo conté en su día? Los 100 tripulantes que componíamos la expedición hicimos un pacto de silencio, al que nos obligó el Almirante. Es cierto que alguno de los trastornados empezó a largar ciertos detalles, pero todos creyeron que eran disparates de loco.

Colón, hombre muy religioso y devoto, siempre pensó que lo que nos ocurrió fue por intervención divina. El Almirante siempre mantuvo la

creencia de que él fue escogido por Dios para llevar a cabo un gran proyecto. Ya antes nos había asombrado contándonos sus sueños poblados de gente desnuda y con la cara pintarrajeada que nos esperaba al otro lado del mar. Y en varias ocasiones nos vimos envueltos en tempestades tan violentas que podrían haber hecho añicos nuestras pequeñas y endeble carabelas; pero no fue así, después volvía la calma y las tres carabelas continuaban navegando con escasos desperfectos. Colón nos decía entonces que Dios le protegía y le estaba guiando por un camino que llenaría de gloria a nuestra Patria, que su nombre y el de nuestros Reyes figurarían en todos los libros de Historia para la posteridad.

Después de lo que sucedió, Colón nos inspiraba a todos un temor casi reverencial, por eso no es raro que todos guardáramos silencio si él lo pedía, sobre todo si aseguraba que "todo el que hablara sufriría el terrible castigo de la ira divina". Con tal susto en el alma no era de extrañar que nadie hablara del asunto, ni siquiera bajo el secreto de confesión.

A algunos les parecerá raro que lo que a continuación voy a contar no fuera siquiera vislumbrado en el diario de a bordo, en el que el Almirante tan escrupulosamente anotaba todos los detalles ocurridos en la travesía, y en el que incluso reflejaba sus opiniones personales y sus inquietudes de forma tan confidencial. En el diario de Colón ni siquiera se reconoce un detalle en el que se pueda percibir la ocurrencia de este fenómeno sobrenatural que tan decisivamente marcó el transcurso del viaje.

Esto se debe a que el Almirante escribió dos diarios: uno "oficial" y otro "secreto". El primero se lo regaló Colón a la Reina cuando fue a visitarla a Barcelona a su regreso del primer viaje, y el segundo se perdió, a pesar de que el Almirante lo mantenía celosamente guardado. Un misterio, ¿verdad? Ya os hablaré más adelante de estos dos diarios.

Cuando partí de Plasencia comprendí que estaba sólo en el mundo y que debía cuidarme yo mismo, pues nadie lo iba a hacer por mí. Sin nadie amigo, pues estos reclutamientos de leva gozaban de muy mala fama y a ellos tan sólo se unían gente de la peor calaña, llegamos a Palos. El pueblo era una explosión de actividad: gente cargando los barcos con fardos de víveres, animales vivos, cerdos, cabras y jaulas con gallinas, subiendo por las rampas de embarque, marineros de la más variada procedencia hablando a gritos con su soez lenguaje, vendedores que paseaban sus carritos de fruta por el puerto, clérigos dando su bendición a los barcos, autoridades y soldados que vigilaban atentas que no se produjeran alborotos... Me di cuenta que los preparativos estaban casi a punto y, efectivamente, nada más llegar subimos directamente el barco.

La *Santa María*, era una carabela de 35 m de eslora de velas cuadradas que giraban sobre el mástil, como era la moda de la época. Para mí, hombre de tierra, me pareció impresionante y el cosquilleo que sentí en

el estómago nada más poner los pies a bordo, me anunciaba ya el terrible mareo que se apoderó de mí durante las primeras semanas del viaje. Mientras paseaba atónito por la cubierta contemplado la altura del velamen oí una conversación entre dos marineros, que por su acento me parecieron vascos, y que me produjo cierta inquietud:

- Este Colón asegura que la tierra es redonda, pero, ¿quién lo ha comprobado?, ¿Y si no es así? ¿Caeremos por la catarata en la que acaban los mares?

- Mi pueblo es marinero y conocemos a muchas familias que cuentan historias de sus antepasados desaparecidos cuando navegaban hacia donde se pone el Sol.

- Hombre, aún estamos a tiempo de no embarcar.

- Quita, hombre ¿Y si es cierto lo de los tesoros?

En mi mente de joven inexperto se empezó a formar la imagen de una gran catarata por la que se vertía el agua del mar y por la que también se despeñaba nuestra formidable embarcación. Este temor me persiguió durante todo el viaje.

Lo de los tesoros era cierto. Para que la tripulación se apuntara a una aventura supuestamente tan peligrosa, Colón inventó una serie de historias sobre la gran riqueza que existía en las tierras de Cipango, a las que iba a colonizar. Y se aseguró de que corriera la voz. Dijo que los indígenas bebían el vino en copas de oro y comían en platos del mismo metal, que todos llevaban al cuello varios collares de diamantes y que adornaban su pelo con rubíes y otras piedras preciosas. Tenían tinajas llenas de pepitas de oro porque este elemento era tan abundante que los fondos de los arroyuelos refulgían en destellos dorados. Con estas expectativas de riqueza se embarcaron muchos marineros, olvidando sus temores acerca del final del mar.

El viaje hacia las Canarias fue tranquilo. Era la primera vez que veía el mar abierto y me asombraba su inmensidad. Era maravilloso deslizarse sobre el agua y me embelesaba observando como la quilla del barco, al rasgar la superficie del agua, levantaba salpicaduras transparentes que brillaban al sol de la mañana. El suave viento hacía que la embarcación fuera más estable y eso, unido a que me estaba acostumbrando, hicieron que ya no sintiera mareo.

Por el día, al mirar el mar desde la popa, veía los bancos de pececillos de diferentes colores que nadaban en el agua iluminada por los brillantes rayos del sol. Un grupo de delfines nos seguía y daban saltos en el agua mostrándonos su cuerpo terso, húmedo y esbelto. Era fácil contagiarse de la alegría de estos animales que parecían estar haciéndonos continuas

reverencias, guiños y saludos y de vez en cuando emitían unos sonidos que parecían una carcajada.

Por la noche me gustaba tumbarme en la cubierta y contemplar el cielo. La luna despuntaba sobre la línea del horizonte, abriéndose paso entre las innumerables estrellas del firmamento e iluminando el barco con su luz plateada. Toda la tripulación descansaba y el sonido de sus respiraciones se mezclaba con el susurro de las olas y el crepitar de las velas al viento.

En esos momentos de tranquilidad siempre se repetía la misma imagen en mi mente, que me producía un desasosiego incómodo, y a veces auténtico pánico. Me imaginaba a la tierra plana como una bandeja y las aguas de los océanos cayendo por sus extremos como si fueran una cascada. Me sentía atrapado en una cáscara de nuez y sin posibilidad de retorno ¡Iba a morir! Ese pensamiento me persiguió cada noche durante gran parte del viaje, hasta que apareció Joseph.

Tras recalar en las Islas Canarias, donde hicimos acopio de víveres y se repararon algunos desperfectos de las embarcaciones, continuamos nuestro viaje. A partir de ahora nos íbamos a adentrar en aguas que jamás habían sido navegadas por el hombre, o por lo menos por nadie que hubiese vuelto para contarlo.

Tras una semana de mar en calma en la que se avanzaba a escasa velocidad, la situación cambió radicalmente.

El cielo se fue cubriendo paulatinamente de cúmulos. Al principio eran de color blanco algodonoso, pero luego se fueron haciendo grises y más tarde la luz casi desapareció, oculta por las nubes negras. El mar pasó de un brillante color azul al gris.

Empezó a llover con fuerza y comenzamos a oír los primeros truenos. Las olas empezaron a hacerse cada vez más altas y el barco comenzó a oscilar de un lado a otro, como un péndulo, al vaivén de las olas. Mientras tanto el terrible vendaval que comenzó a azotar las velas alarmó a los capitanes que enseguida ordenaron recogerlas. Pero era difícil maniobrar en aquellas condiciones, los hombres apenas podían mantenerse en pie, salían despedidos de un lado a otro de la cubierta y más de uno estuvo a punto de ser arrojado por la borda. Las velas tardaron demasiado tiempo en ser recogidas.

Cuando se hizo de nuevo la calma pudimos tomar conciencia de los destrozos que la tempestad había hecho en el velamen. Nuestro Almirante no permitió el desánimo, enseguida ordenó coger las agujas e hilo y entre todos hicimos un remiendo bastante decente de los rotos. La reparación nos obligó a estar casi parados durante más de una semana

pero, por fin, pudimos levantar de nuevo nuestras velas para que fueran hinchadas por el viento.

Este peligroso avatar hizo bastante mella en el ánimo de la tripulación, e incluso al Almirante se le veía menos animoso.

Tras otro par de semanas abatidos por un calor y humedad sofocantes, el desánimo reinante en el barco era palpable. Los marineros nos dimos cuenta de que Colón daba algunas órdenes sin concierto y tan pronto se dirigía al timonel para que virara a babor como al poco rato se corregía y le ordenaba virar a estribor. Todos teníamos la impresión de que apenas avanzábamos y que estábamos navegando dando vueltas a un mismo centro.

Además, las reservas de alimento y de agua estaban empezando a agotarse. Ya habíamos consumido el grano y las salazones, quedaba poca fruta y nuestras provisiones se reducían casi exclusivamente a los animales vivos, que guardábamos como oro en paño en la bodega, aunque también los pobres estaban pasando hambre. En cuanto a la bebida quedaban sólo tres toneles de vino y siete barriles de agua, que ya tenía un cierto saborcillo a estancamiento. No tardaríamos en enfermar si continuábamos bebiendo de ella.

No es de extrañar que la tripulación estuviera descontenta y, a espaldas del Almirante, murmuraba y conspiraba con amotinarse para tomar las riendas del barco y cumplir su deseo de regresar a casa.

El Almirante acabó enterándose del complot. Era lógico, tenía demasiados amigos incondicionales. Cuando se lo dijeron no se sorprendió pues incluso él mismo llegó a barajar la idea de virar en redondo y poner rumbo a España. Pero quiso oír las opiniones de los capitanes de los otros barcos.

Convocó a los hermanos Pinzón a una reunión en el Santa María y se estudió la situación.

- Estamos desorientados, no logramos mantener un rumbo estable hacia occidente. Además hemos perdido los vientos y a esta velocidad se nos acabaran los alimentos y el agua antes de que toquemos tierra. Tenemos lo justo para volver- explicó Colón.

- Yo estoy de acuerdo- alegó Martín Alonso Pinzón - la tripulación de mi barco también desea volver. Creo que es lo más sensato en nuestras circunstancias.

- Aunque nosotros quisiéramos seguir adelante no podríamos hacerlo con una tripulación en contra. Acabarían amotinándose y lanzándonos por la borda- argumentó Vicente Yáñez Pinzón.

- Me entristece mucho tomar esta decisión. Este viaje ha sido la culminación de un proyecto muy estudiado, al que he dedicado gran parte de mi vida, y en el que he invertido todo mi dinero y mi prestigio. Nunca pensé fracasar. El dolor que ahora siento es muy parecido a la muerte.

- Será parecido, pero no es la muerte- intentó consolar al almirante Vicente Pinzón- Si continuásemos sí que encontraríamos la muerte. Alégrate porque estamos vivos y continuaremos vivos.

- Si Dios quiere, te falta por decir- añadió su hermano.

- Con la ayuda de Dios volveremos a nuestra España. En la madrugada ordenaremos a los timoneles que pongan rumbo a casa- concluyó Colón, un poco más animado, ahora que la decisión estaba ya tomada.

Cuando los hermanos Pinzón volvieron a sus respectivos barcos, ya tenían claro la estrategia a seguir. Al amanecer ordenarían dar un giro completo a la embarcación para colocar la proa en dirección Este: regresábamos a casa.

Pero esto nunca ocurrió.

Esa misma noche apareció Joseph, el viajero del futuro, y la situación cambió. Estábamos perdidos y él nos orientó. Su sola presencia nos convenció para continuar nuestra misión, y la idea del regreso se disipó como su nunca hubiese sido pensada.

El misterioso viajero se presentó de forma dramática, como los espíritus que aparecen en las leyendas que los mayores cuentan en la noche de difuntos. Pero ninguno nos sentimos asustados ni nos impresionamos demasiado por su aparición, pues tenía la apariencia de un hombre como nosotros. Ahora, desde la lejanía de la vejez, puedo asegurar que fue el hombre más grande y, a la vez sencillo, el más desinteresado y bondadoso de cuantos hombres he conocido.

Súbitamente, entre la negrura de la noche, apareció un potente destello. Durante una fracción de segundo un inesperado brillo eclipsó las estrellas y la luna. La nueva luz, durante unos instantes, colgó como una estrella más en el firmamento, pero luego, muy lentamente se desplazó sobre el velamen y descendió hasta rozar la cubierta. Mientras se deslizaba por el suelo de madera, la estrella fue aumentando de tamaño hasta parecer tan grande como la misma luna. En medio del silencio de la noche resonó el griterío de los animales que se hallaban en la bodega, chillaron los cerdos y las cabras y las aves se alborotaron aterrorizadas.

Los centinelas, alertados por la extraordinaria algarabía que formaban los animales, realizaron una ronda, escudriñando las sombras de la

cubierta del barco. Colón, sobresaltado, casi cayó de su hamaca. El resto de la tripulación salió de la cámara y corrieron a la cubierta, interrogándose unos a otros, queriendo saber qué sucedía.

Entonces el Almirante se abrió paso con lentitud, y se dirigió al alcázar de proa, donde se había posado la bola de luz. En ese momento vimos algo que nos hizo estremecer: brillando suavemente con un aura azulada había un hombre. Era muy alto, joven y musculoso. Llevaba el pelo rojo y largo hasta los hombros, ceñido a la frente con una cinta. Unas medias blancas, completaban su atuendo, y un extraño cinturón ceñía su cintura. Estaba repleto de adornos metálicos y extrañas joyas. El forastero permanecía de pie, con los brazos cruzados, apoyado en la barandilla de proa.

- Acércate, no temas; te estaba esperando- dijo el recién llegado en perfecto español, haciéndole un gesto a Colón para que se aproximara. Se separó de la barandilla y fue al encuentro del Almirante.

Al asustado y confuso Colón la profunda voz del extraño hombre le pareció el rugido del mar. Pensó que al fin Dios se dignaba a aparecérselo para comunicarle de viva voz sus propósitos para con su persona, pues no llegaba a entender bien sus mensajes ocultos en los sueños. Llegó a cuatro pasos del forastero y se detuvo. Para mirarle a la cara hubo de levantar la cabeza, era muy alto y verdaderamente impresionante.

- ¿Quién eres? -preguntó, asombrado de su propia osadía-. ¿Eres un enviado divino, un santo o un ángel del cielo?

- No, Colón - el almirante dio un respingo al oír su nombre-, no vengo del cielo, sino que soy un hombre como tú. Un viajero que ha venido de muy lejos en el espacio y en el tiempo para hablar contigo y mostrarte algo. Observa atentamente.

El forastero llevó la mano derecha al enjoyado cinturón y señaló hacia su izquierda con el otro brazo. Entre la bruma de la noche, flotando en el aire, apareció un agujero, como la ventana de una casa. Colón se quedó sin resuello. A través de la misma se veía su carabela y las dos naos, perdidas en el inmenso mar, azotadas por las tormentas, con el casco roto, desarboladas y navegando hacia donde las olas quisieran llevarlas. La gente se afanaba en recoger las velas, en reparar los agujeros de las maderas, en achicar agua. Todos parecían angustiados por el presagio de un fatal destino. Asombrado por la visión que estaba presenciando, no se atrevió a hablar ni a moverse.

Colón, echándole miradas de reojo al viajero, pudo ver que era observado muy atentamente. La ventana visionaria seguía mostrando el desarrollo de un naufragio: Los marineros arrojándose al agua,

aferrándose a las maderas desprendidas del casco, las olas tragándose los barcos y hasta que finalmente desaparecieron por completo. La imagen volvió a cambiar y como si viajara montado sobre un pájaro, Colón vio la imagen de los reyes de España comentando: "La expedición de Colón ha fracasado, los barcos han desaparecido en el fin del mundo".

En este punto desapareció la ventana.

- Como ves, Colón, te he mostrado tus barcos y lo que les ocurrirá si no ponemos remedio a ello- dijo el viajero y calló, observándole con sus extraños ojos azules.

- ¿Es magia? -preguntó Colón tremendamente asustado.

- Para ti sí, amigo Colón -le respondió sonriendo. Hizo una pausa, su rostro volvió a su expresión seria, como si una sombra hubiese caído sobre él y continuó-. Ahora voy a mostrarte lo que quedará escrito en los libros de Historia, si me escuchas con atención y sigues mis instrucciones.

Volvió a extender el brazo y la imagen apareció otra vez, flotando en el aire.

Colón observó de nuevo asombrado:

Sus tres barcos navegaban por el mar, su carabela y las dos naos de los Pinzón. Las naves llegaban cerca de la costa. Las gentes que poblaban esas tierras salían a recibirlos con sus canoas. Por la sorprendente ventana abierta en el aire, se podía ver de cerca a unos pequeños hombres de piel tostada, que iban desnudos sin ningún pudor, incluidas las hembras. Agitaban sus brazos al aire y los recibían con gestos amistosos. También pudo ver a sus marineros y a sí mismo, sus rostros mostraban signos de enfermedad: estaban muy delgados, tenían profundas ojeras y los ojos febriles.

La imagen cambió y Colón se vio a sí mismo en la playa frente a uno de esos indígenas, ataviado con un penacho de plumas en la cabeza, dando la bienvenida a él y a sus hombres, a los que les ofrecían frutos y flores. Los españoles les regalaban algunos presentes: collares hechos con piedras transparentes, telas de muchos colores y espejos, que al reflejarles la cara les producía mucha risa.

La imagen fue avanzando a saltos y Colón comprendió que lo que veía era el paso del tiempo. Colón se vio desembarcando de nuevo en Palos. Un gran gentío acudía a recibirlo y lo agasajaban y felicitaban por su éxito. Se vio a sí mismo frente a los reyes Fernando e Isabel, que sentados en su trono, escuchaban atentamente los pormenores de su

viaje y examinaban escrupulosamente a los tres indígenas que había traído consigo como prueba irrefutable de su llegada a las Indias.

La ventana mágica desapareció a un nuevo gesto del viajero, pero Colón aun conservaba la sonrisa del éxito en su boca. El viajero le miraba, todavía de pie con los brazos cruzados y los ojos brillando en el resplandor azulado que lo envolvía.

Entonces fue cuando verdaderamente empezó a preguntarse quién era ese hombre, si era un hombre como decía o si por el contrario era un espíritu del cielo que era enviado a cumplir una misión.

- Si como dices eres un hombre, ¿de dónde vienes?- le preguntó al fin.

- Ya te he dicho, soy un hombre igual que tú, sólo que naceré dentro de mucho, muchísimo tiempo, dentro de unos 600 años, en la tierra de la que tú procedes. La misma tierra a la que tanta gloria darás.

- ¿Aún no has nacido? ¿Cómo puede ser eso?- preguntó de nuevo Colón, desconcertado.

- Es difícil de explicar Colón. He venido para que no cambie el futuro, para evitar que tus barcos se pierdan en este vasto mar y acaben destrozados por culpa de las tempestades y que tu tripulación sucumba ante la falta de alimentos. Si quieres, te ayudaré a evitar que sucedan los hechos terribles que has presenciado en las primeras imágenes.

Y después, el extraño hombre continuó con su explicación:

- Hace muchos años —dijo, pero luego rectificó—, o mejor dicho dentro de muchos años, los hombres de mi generación descubrirán la forma de viajar por el tiempo. Sabes, yo trabajo en el Centro de Investigación de la Historia y gracias a este descubrimiento hemos obtenido muchos datos de sucesos del pasado, algunos incluso muy distintos de cómo siempre se habían dado por auténticos. Por supuesto en los viajes del tiempo enviábamos animales, perros adiestrados con microcámaras grabadoras insertadas en las orejas y a través de las cuales dábamos órdenes a nuestros animales. Elegimos los perros porque en mi tiempo hemos logrado comunicarnos perfectamente con ellos mediante un sistema de signos y sonidos ¡La de cosas curiosas que hemos entresacado de la Historia! ¡Con nuestro material habría para rodar varias películas de cine!

- Perdona, pero apenas entiendo lo que me dices. Pero, prosigue- le animó Colón.

- Como te digo, también enviamos "intrusos", como nosotros llamamos a los perros viajeros del tiempo, a investigar el gran acontecimiento histórico del descubrimiento de América. Hemos de agradecerte el que

hayas escrito un diario de a bordo de forma tan meticulosa; sirvió de mucho para escribir la Historia. Pero lo que no sabíamos era que existía otro diario "secreto" que escribías en paralelo. Ese diario cayó en "boca" de nuestro perro que nos lo trajo a su vuelta, apresado entre sus dientes, como si de un trofeo se tratara.

-Si, es cierto, escribo otro diario. En el diario "oficial" truco un poco las millas recorridas para que la tripulación no se desanime de lo lejos que estamos llegando sin encontrar tierra. Es el que leo a los marineros. El diario "secreto" es auténtico, la distancia que consta es verdadera, escribo con detalle el camino y por supuesto no deseo que nadie me robe esta información y otro se atribuya el mérito.

-Algo se decía en la historia de ese segundo diario, pero lo cierto es que nunca, hasta ahora, fue encontrado. En ese diario que el perro nos trajo, encontramos datos alarmantes. Hablabas de meses en alta mar, cómo sospechabas que estabais perdidos y desorientados y creías que dabais vueltas sin avanzar; también escribes cómo la furia de las tormentas estaba causando destrozos graves en los barcos, y la tripulación moría por falta de alimentos y agua limpia. El diario concluía en que habíais virado el rumbo en redondo y regresabais a España.

- Eso es lo que pensamos hacer en cuanto amanezca.

- Eso no ocurrirá porque, desde el futuro nos hemos dado cuenta de que las cosas no podían suceder así. Si tu no descubres América el curso de la historia del mundo cambiaría radicalmente, causaría un vuelco al progreso humano que no deseamos que se produzca. Tu descubrimiento del Nuevo Mundo es el hecho más importante a lo largo de la historia. Te felicito por haber llevado a cabo tan extraordinaria hazaña.

- Muchas gracias, pero todo esto es muy complejo para mí. Como bien dices, ahora estamos perdidos, el viento ha dejado de soplar y llevamos varios días parados en esta balsa de agua.

- Yo te ayudaré. No hace falta que lo entiendas, límitate a seguir mis instrucciones. He viajado a tu tiempo para, con tu ayuda, cambiar el futuro.

Colón se quedó un rato meditando. Si lo que había escuchado era cierto, el curso de la Historia iba a cambiar rotundamente y él tenía la responsabilidad de evitarlo. El futuro de la Humanidad estaba en sus manos y no iba a defraudarla. Pero ya estaba amaneciendo y los marineros permanecían en la cubierta esperándole; ellos también habían visto la luz, y pedirían explicaciones.

- ¿Qué tengo que hacer?

- Toma este aparato- Y el viajero le entregó una pequeña cajita negra cuya tapa abrió como si tratara de un libro en miniatura y apareció un cristal y muchos botoncitos- Es un sistema de navegación por satélite. Lo utilizamos mucho en mi época. Teniendo este aparato nadie se puede perder en la Tierra. Mira te haré una demostración.

El hombre dio a unos botones y en la pantalla aparecieron unos mapas.

- Este punto que ves aquí somos nosotros. Mira, venimos de España, que está aquí- Y señaló con un punzón que sacó del algún lugar del artilugio- y nos dirigimos a América, que está aquí. Como ves, aún nos falta mucho. Nos hemos desviado de la línea de los alisios y por eso estamos tan parados. Los vientos soplan por aquí, por lo que habría que virar unas millas hacia el sur para coger los vientos y luego continuar en dirección oeste.

- No creo que ese aparato nos pueda decir donde estamos. No creo que ese punto sea nuestro barco. Y esa tierra que aparece ahí- y señaló al continente americano que estaba destinado a que él descubriera- jamás han hablado de ella nuestros marineros, ni tampoco los portugueses, que han explorado el mar occidental.

- Si mira. Este aparato está en conexión con unos satélites colocados en la órbita estacionaria de la Tierra y que por tanto giran a la misma velocidad que el planeta gira, por eso están siempre fijos respecto a cualquier punto de la geografía terrestre. Y nos manda señales que nos dicen la posición en la que estamos en cada momento, la longitud y la latitud. Con esas indicaciones ya estamos posicionados.

El viajero del tiempo siguió explicando a Colón el funcionamiento técnico de la navegación por satélite, aunque se daba cuenta, por la desmesurada apertura de sus ojos, que aquello sobrepasaba a su capacidad de entendimiento.

- Bueno- concluyó el Almirante- te creo y se que he de confiar en ti. Utilizaré tu aparato porque no tengo nada más a lo que agarrarme. Ahora, espero que los otros capitanes crean en mí.

El viajero del tiempo se esfumó, tan misteriosamente como había venido. Colón se dirigió entonces a la cubierta principal, donde se había congregado la tripulación, y les contó como había encontrado al extraño hombre y parte de lo que éste le había dicho; como era de esperar no le creyeron. El loco Pepiño, que cada vez desvariaba más, repetía sin cesar que un mal espíritu había entrado en el cuerpo del Colón, haciéndole decir tonterías. Colón decidió convocar a los Pinzón para explicarles el cambio de rumbo.

Colón fue muy astuto porque en ningún momento habló con nadie del misterioso aparato que el extraño le había dejado. Yo creo que quería que todo el mérito del descubrimiento lo atribuyeran a su inteligencia y a sus dotes de buen navegante.

Quizás por eso le costó tanto convencer a los hermanos Pinzón. Los Pinzón fueron convocados a una reunión en la Santa María. El Almirante les explicó la necesidad de virar 200 millas hacia el sur porque ésa era la distancia que los separaba de la línea de los alisios, pero por supuesto estos excelentes marineros no le creyeron ¿Qué le llevaba a pensar eso? Cubrir esa distancia significaba varias semanas de navegación, probablemente para nada. No querían dar mas vueltas como hasta ahora. Quizás la tripulación tenía razón y lo mejor era volver.

Los ánimos se fueron caldeando. Martín se levantó irritado para marcharse, pero en ese momento una enorme figura, saliendo de la nada, se interpuso entre él y la puerta del camarote. Era el viajero del tiempo cuya cabeza casi rozaba el techo. Martín se detuvo y al igual que su hermano se quedó sorprendido y boquiabierto.

- Siéntate Martín, por favor- dijo el viajero indicándole el asiento vacío donde éste había estado sentado instantes antes- Como Colón os ha dicho vengo del futuro, escuchad lo que os tengo que decir.

El viajero hizo el gesto que abría la ventana en el aire y ésta apareció al igual que lo hizo aquella noche en la proa. Algunas imágenes se repitieron, otras eran nuevas, pero todas mostraban el horrible destino que los navíos y sus tripulantes estaban abocados a sufrir. No fue fácil convencerlos de que aquello iba a suceder; no eran tan abiertos de mente como Colón. Pero el viajero no perdió la paciencia: contestó a sus preguntas y les mostró muchas imágenes en su ventana mágica. Vicente quiso asomarse a través de ella, pero se dio de narices contra la pared del camarote.

Colón dio entonces un paso hacia delante y alargó la mano para tocar al extraño. Horrorizado vio como sus dedos atravesaban el cuerpo del viajero. Con un grito, retiró la mano.

- No quería asustaros -dijo el hombre del futuro cuando se dio cuenta de lo que había pasado-. Este cuerpo que veis es una imagen, igual que las que os estoy mostrando, mi cuerpo auténtico se encuentra en la máquina con la que he viajado por el tiempo y que se encuentra en la bodega del barco. Si así lo queréis os puedo mostrar mi auténtico aspecto.

Se llevó la mano al cinturón y la imagen del viajero del tiempo cambió. En su lugar vieron la de un delgado anciano que difícilmente se sostenía en pie. En realidad el viajero del futuro hizo mal en mostrarse como un

joven poderoso pues en mi época los ancianos son mucho más respetados y sus consejos muy valorados, pero parece ser que en la época del viajero es mucho mejor valorada la juventud. El arrugado rostro de penetrantes ojos azules y escasos cabellos blancos habló:

- Este soy yo, amigos. Mi nombre es Joseph. Mi vida está próxima a su fin y sólo en contadas ocasiones puedo salir de la máquina del tiempo. La misión que he traído es sumamente importante y aunque sé que en ella se me irá la vida, he de asegurarme que se desarrollará con éxito.

Desde ese momento el viajero del tiempo, con su auténtica imagen de anciano, permaneció en camarote del Almirante, donde cualquiera podía ir a consultarle las dudas o problemas que surgían.

El resto del viaje sucedió con extraordinaria rapidez. La mayor demora se produjo en el par de semanas que tardamos en alcanzar la corriente de los alisios, pero a partir de entonces navegamos en línea recta hacia occidente con las velas henchidas con el poderoso soplo del viento que nos arrastraba a una velocidad muy reconfortante. Y digo esto porque los marineros empezaron a animarse y en sus conversaciones ya no hablaban de amotinamiento, ni de que el almirante estaba perdido, o que jamás llegarían a tierra. Ahora hablaban de lo rápido que navegaban, de que presentían la proximidad de la costa y de lo acertado del rumbo.

Colón y Joseph pasaban mucho tiempo en la cubierta de proa, deleitándose con la visión del romper del agua en el casco del barco, sintiendo la velocidad en el azote del viento en su rostro, escudriñando el horizonte. Aún no esperaban vislumbrar la tierra, precisamente ellos dos eran los únicos que conocían el momento exacto en el que las naves alcanzarían la costa. Miraban continuamente el pequeño aparatito y veían como se movía en medio del ancho océano, acortando cada día la distancia que los separaba del continente al que se dirigían.

Pasaron cuatro semanas desde que el viajero del tiempo llegó a nuestro barco, cuando Colón anunció.

- Mañana avistaremos tierra. Probablemente sea de noche cuando lleguemos por lo que será difícil distinguirla en la oscuridad.

- ¡Menudo farol!- dijeron entre sí unos marineros, pensando que Colón no les escuchaba.

- No es ningún farol. Os lo repito, mañana llegaremos a nuestro destino. Además estoy dispuesto a entregar una recompensa a primero que la anuncie. Pero ya sabéis, no os desgastéis los ojos hasta que no anochezca.

Al anochecer del día 11 de octubre, muchos eran los marineros apostados en la barandilla de proa o en las cofas de los barcos mirando al horizonte. Por fin, pasada la media noche, una voz ronca resonó a los cuatro vientos:

- ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!- gritó alguien desde la cofa de la Pinta-. ¡Tierra!-repitió una vez más con toda la fuerza de sus pulmones.

Se trataba de Rodrigo de Triana, quien se había puesto a dar saltos en lo alto de la cofa, aullando como un poseso, reclamando a gritos su recompensa.

En la cubierta de la Santa María, Cristóbal Colón se abrió paso a codazos entre los marineros que se agolpaban en la proa e intentaban comprobar si Rodrigo decía la verdad o estaba borracho una vez más.

Asomándose por la borda, con el anciano Joseph a su lado, el Almirante escudriñó atentamente el horizonte con el catalejo. El Almirante, ajeno a la algarabía, observó el horizonte muy serio. Al fin, lenta y dramáticamente, bajó el catalejo y elevando los ojos al cielo rezó una plegaria. Luego miró a Joseph y le estrechó los hombros en un abrazo. Detrás de ellos algunos marineros parecían orar, otros simplemente callaban, pero todos suspiraron aliviados.

Esperaron a que se hiciera de día. Nada más salir el sol, los tres barcos se dispusieron a entrar en la ensenada. Lentamente se detuvieron dejaron caer las anclas y recogieron las velas. Los hombres gritaban y corrían de un lado a otro sobre las naves, ejecutando diversos trabajos. Desde una alta atalaya rocosa sobre el promontorio que dominaba la bahía, una fila de hombres semidesnudos observaban como entraban. Cuando avanzó más la mañana, canoas con nativos se acercaron a los barcos a recibir a los forasteros, y las mujeres y los niños los saludaban desde la orilla. Los tripulantes gritaban entusiasmados con tan acogedora bienvenida.

El frágil cuerpo de anciano se sacudía en espasmos. Su figura flaca y encorvada, con los hombros abatidos, parecía temblar. Surcos de lágrimas corrían por sus mejillas arrugadas. Sus manos sarmentosas temblaban.

- Lo has conseguido, viajero – le dijo Colón.

- Si, ahora ya puedo morir en paz - Las manos del viejo tantearon en los instrumentos que colgaban en su cinturón, y sacó el aparato de navegación por satélite- Toma, lo necesitarás para el viaje de vuelta.

El anciano entregó el aparato a Colón quien lo recibió como si de un precioso tesoro se tratase.

- Supongo que me pedirás que no lo muestre a nadie. En realidad, aún no ha sido inventado.

- Exacto, y además te pido que guardes secreto de todo lo que ha ocurrido en este viaje. Como te he dicho, no has llegado a las Indias, has topado con un continente hasta ahora desconocido por el hombre occidental. Que a partir de ahora todo trascorra como está escrito en la Historia.

- ¿Qué ocurrirá?- preguntó Colón. Pero al ver que el anciano guardaba silencio, insistió- Siento una gran curiosidad. Dime algo.

-No puedo, tienes que entenderlo. Me alegro de haber compartido mis últimos días con una persona tan notable como tú- dijo el anciano Joseph, y Colón comprendió que se estaba despidiendo.

Colón se dio cuenta que la vida de ese hombre marchito y frágil se iba apagando a marchas forzadas. Se dio cuenta del gran cariño y complicidad que había entre ellos, y sintió una punzada de dolor en su corazón cuando el anciano se recostó en el sillón, dispuesto a emprender su último viaje.

- No me dejes ahora, no te marches- dijo Colón lloriqueando y sacudiendo el delgado cuerpo del anciano como para darle énfasis a sus palabras.

Pero el anciano ya no pudo hablarle. Lo último que vio el viajero del tiempo antes de morir fue el rostro de Colón, con un río de lágrimas resbalando por sus mejillas.

Epílogo:

Esta fue la verdadera historia de lo que ocurrió en el primer viaje de Colón. El venerable anciano Joseph fue enterrado en la isla, con todos los honores, así lo exigió Colón. Su tumba fue excavada debajo de un promontorio rocoso, para resguardarla. Según dijo el Almirante en la ceremonia del entierro, tenía la intención de levantar un santuario que albergara la tumba de Joseph en el siguiente viaje, cuando trajera arquitectos, albañiles y materiales de construcción de España. Nunca llegó a edificarse, no por olvido de Colón, que siempre llevó a Joseph en su corazón, sino porque las cosas se pusieron difíciles para él a su regreso y en los posteriores viajes ya no tuvo tanta libertad para ejecutar su voluntad.

Se preguntarán mis lectores cómo llegué a enterarme de la existencia de ese aparato de navegación que Colón guardó tan en secreto. Lo descubrí por casualidad y lamentablemente de forma poco honesta pues lo encontré mientras fisgoneaba entre los papeles del camarote del almirante.

Cuando toda la tripulación bajó a tierra en los botes con el cuerpo de Joseph para darle sepultura, Colón ordenó que un marino permaneciera en cada barco, para vigilar. Yo quedé al cuidado del Santa María.

El día era espléndido, muy luminoso, lo recuerdo bien. El último marinero abandonó el barco hacia el medio día y yo quedé sólo, en medio del aburrimiento más absoluto, y también un poco fastidiado por haberseme privado del disfrute de poner pie en tierra firme y de tomar alimento fresco.

La búsqueda de comida fue lo que me llevó al camarote del Almirante. No había alimento en las cocinas ni tampoco en la bodega del barco, en la que estuve buscando. Pensé que seguramente en el camarote de Joseph habría comida pues el anciano, a causa de su delicada salud, recibía una alimentación especialmente cuidada.

Comencé a rebuscar por la mesa, abrí los armarios. Nada, no había nada. Y entonces abrí el cajón del escritorio. Allí estaba el diario de a bordo y, sin pensarlo dos veces, lo cogí para hojearlo. Todo estaba perfectamente anotado: millas recorridas, los vientos, los cambios de dirección e incluso había anotadas impresiones del almirante y conversaciones mantenidas con la tripulación. Cuando iba a introducirlo en su sitio me llamó la atención un segundo cuaderno de pastas de cuero, lisas y de tono más claro. Dudé unos segundos antes de tomarlo, pero la curiosidad me venció. Hoy día recuerdo esos momentos, con sentimientos encontrados entre el remordimiento y la satisfacción de ser el único conocedor de tan extraordinario secreto.

Estuve leyendo todos los detalles escritos en el diario durante más de una hora y cuando terminé sentí que mi existencia había quedado ligada a la de aquel hombre admirable que era Cristóbal Colón. Cerré el libro y lo coloqué en su sitio, procurando que no quedaran vestigios de mi intromisión.

Y entonces, en un rinconcito del cajón lo encontré: el aparato del que Colón había hablado en su diario secreto, el navegador. Lo tomé entre mis manos y lo acaricié por fuera. Después abrí su tapa y vi todos los botones, la pantalla... tal como lo describía el almirante en su libro. No me atreví a ponerlo en marcha. Lo cerré de nuevo y continué acariciándolo y murmuré un agradecimiento a ese maravilloso artilugio por habernos llevado hasta aquellas tierras de forma tan precisa y segura.

En el viaje de regreso estuve observando atentamente a Colón y en numerosas ocasiones aprecié como se apartaba a un lugar solitario para consultar el navegador. Después iba hacia el timón y daba una orden al timonel para que hiciera alguna pequeña variación en el rumbo.

Y no creeréis lo que presencié a nuestra llegada al puerto de Palos. Cuando se colocó la rampa de embarque y las autoridades de la ciudad subieron a bordo para homenajear al Almirante, observé, mientras me asomaba a la borda emocionado por llegar de nuevo al hogar, que un perro se colaba en el barco, confundido entre la comitiva. Desde ese mismo puesto presencié, momentos después, que el animal bajaba de nuevo la rampa con un cuaderno con pastas de cuero entre sus dientes.

FIN